

CAPÍTULO VII

Queda al frente del Gobierno el general D. Mariano Salas.—Se embarca Santa-Anna en la Habana para Veracruz.—El Gobierno de Washington da orden al comodoro que se le deje pasar.—Se explica el motivo que hubo para esa orden.—Desembarca Santa-Anna en Veracruz.—Entusiasmo del pueblo con su llegada.—Brillante recepción hecha á Santa-Anna en Méjico.—Marchan los norte-americanos sobre Monterey.—Sale Santa-Anna de Méjico para hacer la campaña contra los invasores.—Sitio de Monterey.—Capitulan las tropas mejicanas que defendian Monterey.—Se forman en Méjico varios cuerpos de voluntarios compuestos de comerciantes, empleados, artistas, literatos y artesanos.—Da orden Santa-Anna de que se abandone Tampico.—Disgusto que causó esa disposición.—Nuevo préstamo impuesto al clero.—Es elegido presidente de la república Santa-Anna y vice presidente Don Valentin Gomez Farias.—Accion en los Temascalitos, en Chihuahua.—La pierden los mejicanos por mala interpretacion del toque de corneta.—Decreto contra los bienes de la Iglesia.—Varias legislaturas elevan iniciativas al Congreso para que no se lleve á cabo el decreto.—Echa mano Santa-Anna de noventa y ocho barras de plata pertenecientes á españoles.—Proposiciones de los Estados Unidos para quedarse con varios territorios, que no son admitidas.—Batalla de Angostura.—Los mejicanos arrojan de tres posiciones formidables á sus contrarios.—Se suspende la batalla al entrar la noche.—Inesperada retirada de Santa-Anna.

1846 y 1847

1846. Derrocado del poder el presidente D. Mariano Paredes y Arrillaga por los jefes del pronuncia-

miento de la ciudadela, continuó de general en jefe y encargado del gobierno, entretanto que llegaba de la Habana el general Santa-Anna, á quien se le habia dado aviso de lo que pasaba, el general D. Mariano Salas. Fué, como su ministro universal, mientras se formaba el ministerio, D. Valentin Gomez Farias, cuyas ideas avanzadas y capacidad le hacian jefe del partido liberal exaltado. El general D. Mariano Salas entraba á ejercer el poder con recursos pecuniarios que ninguno de los gobernantes que le habian precedido llegó á contar. Encontraba en la caja del tesoro setecientos mil duros con que poder atender al ejército y cubrir los sueldos de los empleados, suma que habia dejado D. Mariano Paredes del millon de duros que alcanzó del clero para la guerra de Tejas.

El dia 6 de Agosto, uno despues del triunfo de la revolucion, el Gobierno provisional expidió un decreto, convocando un Congreso, y el 9 publicó otro, anulando las disposiciones que restringieron la libertad de la prensa. Al mismo tiempo que dictaba estas providencias, ordenó á las tropas que habian salido con direccion á la frontera, que continuaran su marcha sin detencion ninguna.

1846. El general Santa-Anna, al recibir en la Habana la noticia de lo que pasaba y verse llamado al poder, fletó el vapor inglés *Argyle*, y salió de aquella ciudad para Veracruz el dia 12 del mismo mes, en union del general D. Juan Nepomuceno Almonte, del Sr. Basadre, tambien general, y de sus antiguos ministros los Sres. Rejon y Haro. Cuando el vapor en que marchaban se aproximó á Veracruz, fué abordado por un buque de guerra de los Estados Unidos para ver lo que llevaba. El



GENERAL DON MARIANO SALAS

comandante que lo mandaba, al saber que era el general Santa-Anna quien marchaba en él, dejó entrar libremente al vapor inglés, pues el comodoro David Conner, que mandaba la escuadra norte-americana, habia recibido orden de su Gobierno de que no se opusiera al desembarque del expresado general Santa-Anna. La orden estaba concebida en estos términos: «*Departamento de Marina de los Estados Unidos. Mayo 13 de 1846.—Comodoro: Si Santa-Anna procura entrar en los puertos mejicanos, le permitirá V. pasar libremente.—De V., respetuosamente, Jorge Bancroft.*» Este permiso concedido á Santa-Anna por los norte-americanos, produjo en el público muy mal efecto, y dió lugar á suposiciones poco favorables para él. Juzgaban muchos que aquella deferencia hacía un general que volvía á su país á ocupar el primer puesto en el Gobierno, no podia reconocer otro origen que un convenio ventajoso para los Estados Unidos, arreglado de antemano con el general Santa-Anna con perjuicio de los intereses y de la honra de Méjico. Pero esta suposicion que no carecia de fuerza, no era sin embargo cierta. Los Estados Unidos deseaban celebrar un tratado de paz por el cual se les cediese la California, y como nada habian conseguido con el Gobierno de Paredes, esperaban que podrian alcanzarlo con Santa-Anna. Por eso desde que se anunció la revolucion en favor de éste, «el Gobierno de Washington, presumiendo que si se trasladaba á Méjico», dice el historiador norte-americano Greeley «podria favorecer los designios de Mr. Polk y su gabinete, recomendó al secretario de la armada Mr. Bancroft que expidiese órdenes para que se admitiera á Santa-

Anna en Méjico tan pronto como quisiera ir». Con esta mira se remitió la nota que he dado á conocer, al comodoro Conner. Los historiadores norte-americanos aseguran que Santa-Anna ofreció algo, y que, despues de desembarcar en Veracruz, «olvidando sus promesas y sin cuidarse de lo que el Gobierno norte-americano esperaba de él, resolvió buscar su propio engrandecimiento poniéndose á la cabeza del ejército para rechazar á los invasores» (1); pero no dicen cuáles fueron esas promesas. Mr. Benton hace muy severas observaciones respecto de las intrigas que motivaron la vuelta de Santa-Anna á Méjico; y Mr. William Jay, en su *Revista de la guerra mejicana*, dice: que «el distinguido desterrado, era bien sabido que tenia ofensas de que estar resentido, y que sin duda alguna se dió por concedido, ó tal vez se estipuló expresamente que siendo deudor á Mr. Polk de la ocasion de vengarse, fomentaria una insurreccion, encenderia la guerra civil, recobraría su antiguo poder y lo ejercería haciendo la paz con los Estados Unidos, con la cesion de California». Como se ve, ninguno de los mencionados escritores manifiesta la clase de promesas que

1846. Santa-Anna hizo; y que éstas no debieron ser de importancia, se deduce de que el Gobierno de Washington jamás manifestó que se le hubiese hecho oferta ninguna de concesion de terreno. Puede asegurarse que á las indicaciones de los agentes del Gobierno de los Estados Unidos, no contestó Santa-Anna otra cosa que dar esperanzas de un arreglo, si él llegaba al poder, pero

(1) Horacio Greeley. *Historia de los Estados Unidos*.

sin expresar cuál seria ese arreglo que á nada le comprometia. En una palabra, Santa-Anna supo sacar provecho de la ambicion que abrigaba el presidente de los Estados Unidos, y logró, sin comprometerse á nada, que sus contrarios le dejasen abierto el paso para hacerles en seguida la guerra. En esto Santa-Anna obró con la sagacidad que le distinguia, y lejos de merecer censura su accion, es digna de elogio y altamente patriótica. Nada estaba mas lejos de la mente del general Santa-Anna que entrar en arreglos que mancillasen en lo mas mínimo la honra de su nacion. Si defectos tenia, no entraba ciertamente de ninguna manera en ellos la falta de patriotismo, que en él fué siempre acendrado y puro, cuando se trató de combatir contra naciones extranjeras.

El dia 16 de Agosto desembarcó Santa-Anna en Veracruz, en medio de un numeroso pueblo que le victoreaba. Grandes grupos de gente recorrieron las calles de la ciudad, paseando el retrato del nuevamente llamado á regir los destinos de la patria, dando vivas al que aun no hacia dos años habia criticado, y atronando el viento con cohetes voladores. En Méjico, al tener noticia de su llegada á Veracruz, se celebró con repiques, músicas y salvas de artillería, que el pueblo acompañó de vivas y de aclamaciones.

1846. Don Valentin Gomez Farias, que era el jefe del Ministerio, salió el 19 de la capital, y se dirigió á Puebla para recibir al llamado por la revolucion triunfante. Para que la nueva administracion formase contraste con las ideas monarquistas que se le habian atribuido á la de Paredes, se declaró vigente, por bando, el

dia 24 de Agosto, la constitucion de 1824 que establecia la federacion y la libertad mas amplia. La sociedad no habia muerto aun, como ha muerto ya á fuerza de constantes y amargos desengaños, para las ilusiones políticas que sólo realizan el egoista ideal de los ambiciosos y aspirantes políticos. La sociedad acariciaba aun la lisonjera esperanza de un porvenir de felicidad, y creia que en Santa-Anna, aleccionado con la desgracia del destierro, se habia operado una metamórfosis benéfica que, convirtiendo los pasados errores que habian preparado su caida, en acertada ciencia gubernativa, elevaria la nacion al estado de prosperidad que todos anhelaban. El 29 de Agosto prestó el juramento de estilo el nuevo Gabinete que estaba formado de D. Valentin Gomez Farias, que se hizo cargo de la cartera de Hacienda; D. Juan N. Almonte, de la de Guerra y Marina; de D. Crescencio Rejon, de la de Relaciones, y de D. Ramon Pacheco, para la de Justicia. Constantes los norte-americanos en su propósito de arreglar la cuestion pendiente con Méjico, de una manera pacífica pero ventajosa para ellos, resolvieron entablar nuevas negociaciones con los hombres que habian subido al poder. El dia 30 de Agosto se recibió en Méjico un extraordinario de Veracruz, conduciendo pliegos al supremo Gobierno, mandados por la escuadra norte-americana, por orden de los Estados Unidos, invitando á entrar en negociaciones para la terminacion de la guerra. El Gobierno se reunió en la noche para tener una conferencia, y ocuparse de la respuesta que convenia dar. En la nota recibida, los Estados Unidos proponian mandar un enviado extraordinario con plenos pode-

res para arreglar las diferencias entre las dos naciones, ó bien recibir uno que el Gobierno mejicano enviase á Washington. Tratado el negocio con la meditacion que correspondia á asunto tan delicado, el Gobierno mejicano contestó en términos dignos y urbanos, que la resolucion de aquel importante negocio correspondia únicamente al nuevo Congreso, que debia reunirse en Diciembre, manifestando que entretanto las cosas seguirian en el mismo estado que guardaban.

1846. En medio de las desgracias y de las revoluciones, se conservaba la dignidad y se hacia comprender al Gobierno de Washington que, si la fortuna no favorecia el buen derecho de Méjico en aquella guerra, no podria obligar jamás á que se transigiese con nada que se opusiera al decoro nacional. Sin embargo de estas manifestaciones de parte de los Estados Unidos de anhelar la paz y la buena armonía con Méjico, continuaban aprovechando toda ocasion favorable que se les presentaba de adquisicion de terreno. El 7 de Setiembre de 1846, se presentó en la bahía de Mazatlan la corbeta norte-americana *Lawarren*, y no obstante que no existia prévia declaracion de bloqueo, se apoderó del bergantin *Malek-Adel*, que se hallaba á disposicion de la comandancia de marina mejicana de aquel puerto. Este acto injustificable, exaltó á los habitantes de aquel punto, sin excepcion; y á la vez que el coronel D. Rafael Tellez, que hasta entonces no se habia ocupado mas que de sus negocios particulares, disponia su tropa para rechazar cualquier ataque, las autoridades de Mazatlan convocaron al pueblo á la defensa. Ardia el patriotismo en aquellos momentos en el

corazon de todos los mejicanos, y merced á él, se formó en un solo dia un alistamiento de setecientos hombres, dispuestos á secundar los esfuerzos de la guarnicion para combatir contra el invasor, en caso que intentase apoderarse de la poblacion. Mazatlan es una ciudad de sólo 15,000 almas, y el haber acudido en un solo dia setecientos vecinos á tomar las armas, siendo tan corto el número de habitantes, prueba el entusiasmo y el patriotismo que animaba al país para defender la justicia de su causa.

Mientras los patriotas hijos de Mazatlan se disponian para resistir á los invasores, los habitantes de Méjico se preparaban para recibir espléndidamente al hombre en quien volvian á depositar toda su confianza. El Ayuntamiento de Méjico, anhelando que la recepcion del general Santa-Anna excediese á todas las que hasta entonces se habian hecho, dió el 12 de Setiembre una excitativa, en que se le decia al puebló que era preciso celebrar el gran acontecimiento del restablecimiento de la Constitucion federal de 1824: «En todas las naciones cultas», añadía, «se consagran algunos dias al regocijo público cuando algun suceso grande se efectúa. ¿Y no es, para nosotros, el mas grande de los acontecimientos el recobro de nuestros derechos y el triunfo del principio democrático y de la libertad? Ciertamente, mejicanos, debemos hoy manifestar un júbilo puro, santo y patriótico, y para ello os invita el Ayuntamiento. Celebremos al mismo tiempo, por acuerdo del supremo Gobierno, la entrada del general Santa-Anna, que es hoy considerado como el restaurador de este sistema tan querido». El Ayuntamiento invitaba en seguida al pueblo á que contribuyese á

dar lustre á la recepcion, y decia en el programa, que el 14 saldria al Peñon Viejo, que dista tres leguas de la capital, una comision del Ayuntamiento á recibir al general Santa-Anna; que en la puerta de la ciudad llamada de San Lázaro, le esperarían tres carros dispuestos para la solemnidad del restablecimiento del sistema federal; marcaba las calles por donde se dirigiria la comitiva, y añadía que al siguiente dia se adornarian los paseos, donde habria músicas militares; que en los teatros se darian comedias gratis, y concluía excitando á todos los vecinos á que adornasen los frontispicios de sus casas. La comision que suscribia esta invitacion, la formaban D. Jacinto Perez, D. José M. Larralde, D. Juan José Baz, D. Francisco Espinosa de los Monteros y D. Pablo María de Torrecano. Todo era entusiasmo y esperanza. Santa-Anna llegaba bajo los auspicios mas lisonjeros: todos los partidos, olvidando enconos pasados, se disponian á agruparse bajo la bandera nacional que debia tremolar Santa-Anna.

Las nuevas fuerzas enviadas por los Estados Unidos á reforzar las de Taylor para apoderarse de nuevas ciudades, y el aumento de la escuadra enemiga en sus puertos, unido al irregular procedimiento con que el Gobierno de Washington habia vulnerado en un principio los respetos, y amenazaba entonces la independenciam de la nacion, eran los poderosos agentes que vivificaban el sentimiento patrio; era la señal poderosa para que los mejicanos se aprestasen al combate; para que arrojando al suelo las banderas de partido, inscribiesen la palabra *Union* en la bandera nacional que conducia á los combates y á la gloria. Parecia que todos se habian propuesto el olvido de

las anteriores desavenencias, y que, comprimiendo los ímpetus de todo resentimiento, se veían dominados por el pensamiento de la defensa, conducidos por los impulsos del mas alto deber, aguardando la sublime recompensa de las virtudes cívicas.

El día 14 de Setiembre amaneció la ciudad de Méjico en traje de fiesta y en son de regocijo. Una comision del Ayuntamiento, como se habia anunciado en el programa, se dirigió al Peñon á recibir al general Santa-Anna: muchos generales, empleados y no pocos particulares, hicieron lo mismo. Poco antes de las dos de la tarde llegó Santa-Anna á las puertas de Méjico. Las salvas de artillería y los repiques anunciaron su entrada á la ciudad. Las calles dispuestas para su paso, y que por lo mismo estaban adornadas lujosamente, eran las Maravillas, Hospicio de San Nicolás, Santa Teresa, Escalerillas, Tacuba, Santa Clara, torciendo de ésta, á la izquierda, la de Vergara hasta la calle del Correo, continuando á la izquierda, y en direccion recta hasta el palacio, la expresada calle del Correo, la Profesa, las dos calles de Plateros y la plaza de Armas. Junto al portal de Mercaderes se habia colocado un soberbio arco de triunfo, y á distancia conveniente, vistosas fuentecillas con graciosos juegos de agua. Un periódico de aquella época describe la entrada del hombre en quien todos tenían entonces puesta su esperanza. «El cortejo», dice, «fué compuesto de cuatro carros que abrian la marcha, y en los cuales se veían emblemas de libertad, union del pueblo y del ejército, América y Fama: tras de estos carros seguia la comision del Ayuntamiento en coches, y al fin, en uno abierto, el general San-

ta-Anna sosteniendo con una mano el cuadro de la constitucion de 1824, vestido sin arreos militares, y cubierto con una gorra de nutria: á su frente, en el mismo carruaje, venia D. Valentin Gomez Farias, á quienes seguia un piquete de húsares, y á algunos pasos, una diligencia con los ayudantes de S. E. Algunos víctores recorrieron desde por la mañana las calles, gritando vivas á la federacion y á Santa-Anna.»

1846. Serian las dos y media de la tarde cuando el victoreado general entró en palacio, lo cual fué anunciado, lo mismo que habia sido su llegada á las puertas de la ciudad, con salvas de artillería. A las cuatro se cantó en la catedral un solemne *Te Deum*, y el acompañamiento volvió á palacio, en donde el general Santa-Anna manifestó que deseaba ardientemente marchar á la frontera á restaurar el brillo de las armas nacionales. Aquellas palabras llenaron de entusiasmo á los oyentes, y su resolucion vivificó la esperanza que todos los partidos tenían en el triunfo. El pueblo, dividido en grupos, siguió recorriendo las calles hasta ponerse el sol, victoreando á Santa-Anna, y las músicas militares se colocaron en todos los paseos, que estuvieron muy concurridos. La estatua de bronce dorado que dos años antes se habia arrojado del pedestal elevado en la plaza del Volador, fué colocada de nuevo en el mismo sitio; pero Santa-Anna, aleccionado con los anteriores sucesos, dirigió el día 17 de Setiembre una comunicacion al ministro de Relaciones D. Manuel Cresencio Rejon, donde le decia que, «cuando se erigió el mercado en el sitio conocido por plaza del Volador, le pidió con instancia que en ella se elevase una